

NANCY MOREJÓN

## Vilma en junio

*Junio trajo la lluvia tempestuosa,  
la estrella natural que mece el viento.  
Junio poblaba el mar de sentimiento  
con la fina presencia de una rosa.*

*Vilma sabrá guardar la primorosa  
espuma fiel de un cielo derramado  
como el silencio de su bienamado  
bajo el cristal amigo de otra rosa.*

*Yo la vi levitar como una estrella  
viva, serena, amena y encendida.  
Vilma, brillando aún como centella,*

*en la perenne rosa convertida,  
hecha canción y sueño realizado  
como una clara estrella amanecida.*

La Habana, 19 y 20 de junio de 2007

# Monólogo del marino montevideano que habla en alemán

A Mario Benedetti y Luz, por supuesto

*Soy un marino sin puerto y sin acento,  
sin luna,  
sin los cabellos abriéndose ante el horizonte de los vientos.  
Soy un marino, el marino de todos los orientales  
que buscan la aventura del amor fugaz.  
No he podido encontrarlo. No he podido encontrarlo.  
He sido el marino que encontró el amor,  
un amor fijo, fijo en mi Luz montevideana.*

*Por eso en la pantalla hay un marino atildado,  
susurrando quizás a Heine.  
Un marino mirando a la mujer que está a su lado  
porque extraña a la suya que es  
una luz alegre de mar,  
de los mares del sur,  
ahora sin dueño.  
Los poemas lanzados al océano  
y a los siete mares  
hacen que este marino  
olvide el olor de los canteros  
en los balcones y su única flor  
de flores sembradas en la memoria  
como aves de una calle en su barrio natal  
para entonces volver a pensar  
y pensar en la luna con su Luz Alegre  
y el poderoso vaivén del Río de la Plata.  
No hay carne humana, no hay hueso humano,*

*no hay forma de mujer que no le traiga al marino peinado  
el perfume de aquel hospital donde, adolescente,  
ella puso sus labios sobre los suyos  
contaminados con una enfermedad mortal.*

*Soy un marino bajo el lente,  
bajo todos los lentes de Eliseo Subiela  
buscando trascender su imagen  
y saltar la historia misma de un amor que perdura  
como el azul del mar frente a los balcones de Montevideo.  
Soy un marino enamorado de esta luz alegre  
en donde está la mía.  
Soy un marino montevideano que habla en alemán  
sobre esta luz que no termina.*

La Habana, 16 de abril de 2006

## Círculos de oro

*C*antan las aves en la mañana,  
sobre el techo de la iglesia meditabunda  
pero nadie las escucha a las aves tranquilas  
sino el explorador que bajó de las montañas  
después de la lluvia. Andar y andar,  
atravesando los pastos húmedos,  
es una forma de conocer el ambiente  
de este pueblo extraño donde las calles  
son círculos de oro traídos de la alta mina.  
Andar y andar, después que los relámpagos  
trajeron su verdad hasta las raíces del almendro en flor.



## El retorno

Él me abraza.

Ella se repite: él me abraza. Se lo dice en silencio sólo con palabras como si su cuerpo todo no estuviese implicado. Se lo dice como quien se cuenta una historia remota que empieza así: él me abraza.

Le perturba la indefinición generada por el uso del pronombre personal masculino de tercera. De tercera persona, añade para sí, porque si bien los hay de tercera categoría, no es el caso con este llamado Rodrigo, bueno para el abrazo.

El tal Rodrigo le va a durar poco, lo sabe, pero también sabe que un abrazo de verdad es para siempre. Queda una marca allí donde lo otro va siendo borroneado. Rodrigo trae su guitarra a la cama, entona unos boleros y ella se regodea en lo dulzón y un poco irónico de su canto. Este hombre le gusta por su humor, por no tomarse a sí mismo del todo en serio, como quien está en otra. Y lo está, bien lo sabe ella, y muy pronto se va a ir con la música a otra parte, o mejor dicho volverá a su casa, a su familia, a sus quehaceres de sociólogo en lejano país y ella habrá de quedarse por acá, la retornada, después de tantos años. Años de exilio en un principio, y más tarde de un dejarse seguir viviendo a la distancia. Hasta que en cierto momento la necesidad de volver se le hizo imperiosa y todavía no entiende por qué ni para qué.

Este Rodrigo del aquí y ahora deja de lado la guitarra. Toda una vida te estaría mimando, repite ya sin acompañamiento musical, hiperbólico él, y le pasa la mano por el cuerpo suave, muy suavemente, y ella percibe que le gustaría creer en sus palabras pero para qué; para qué apostar a lo efímero. Sin embargo este hombre le gusta, mucho le gusta, hasta que él con su mejor voz de bolero le propone:

—Vayamos esta tarde a tu Buenos Aires querido, mi reina, seamos clásicos, demos un paseo por la calle Corrientes.

Como si le hubiera leído el pensamiento pero en negativo, en sentido inverso de sus deseos.

—Ni se te ocurra, le contesta ella.

Y después, para no parecer tan terminante:

—Andá vos, al fin y al cabo estás en el país por pocos días, aprovechá, date un baño de Capital Federal y después volveme refrescado. Yo te espero acá tranquila, leyendo.

Ya me esperaste acá tranquila leyendo durante los días que llevo en este congreso, se lamenta o agradece Rodrigo, su Rodriguito lindo de los boleros dulces que no entiende nada. Por suerte. Que ni se pregunta qué material de lectura encuentra ella en este triste apartotel anclado en pleno centro de La Plata. Andá, yo leo, insiste ella y es cierto, aunque no siempre la lectura sea de un texto impreso, a veces la lectura se llama introspección dentro de la cual siempre late una pregunta: ¿para qué he vuelto? Y otra: ¿por qué no logro volver del todo?

Rodrigo nada sabe de su historia, pero algo intuye.

Rodrigo se resiste. No chamaca, le dice, no sueño con dejarte sola acá entre fantasmas locales. Son los míos a pesar de todo, le retruca ella. Tú eres de todas partes, corrige él y ella percibe que algo de razón tiene este mexicano loco que conoció en pleno vuelo. Así no más fue: lo conoció y conquistó o él la conquistó a ella porque vaya uno a saber cómo se arman estos enredos, en el avión. Tantos vuelos transcurridos infructuosamente, piensa ella, y ahora, cuarentona, el chivo cae en el lazo, el pez muerde el anzuelo, o mejor dicho el pájaro cae en la trampa.

No tengo que andar pensando en estos términos, piensa ella. No tengo por qué hacer una crónica de esta pequeña historia, es mía y sólo mía, la disfruto, vibro, grito un poco *sotto voce* para no alarmar a los vecinos pero igual el grito está aquí, estallándome en todo su esplendor.

—Eres una porteña renegada, se queja Rodrigo después de un largo rato de lujosos estertores mudos. Algo nunca visto, nunca oído, jamás soñado, agrega. Una porteña renegada que no quiere pisar su única e insustituible calle Corrientes.

—Ni ninguna de las otras calles capitalinas si vamos al caso.

—Ni ninguna de las otras.

—Por ahora.

—Por ahora.

Ambos saben que el después vendrá demasiado tarde, que él ya no estará aquí para compartirlo. Este es su tiempo de descuento, el congreso está por concluir, él tendrá que volver a su vida verdadera. Mientras tanto acá está desnudo frente a ella y una vez más echa mano a la guitarra. Ese consuelo de ambos.

Los interludios musicales, piensa ella algo escéptica; el número vivo de mi infancia cuando había que llenar el espacio entre dos películas. No lo voy a narrar ni voy a escribir una página del corazón, piensa ella. Ni lo voy a grabar; de hecho mi grabadora sólo es usada para los trabajos de campo. Los trabajos de cama quedan intocados por el verso, como dijo alguna vez el bardo.

Sólo que este no es un viaje periodístico, de trabajo; ahora está por fin de vuelta. La puntita nada más pero de vuelta. De regreso. Retornada. La muy errante. La errabunda.

Al hombre a su lado lo conoció precisamente en el vuelo que la traía de regreso. Eso le pasa por viajar en clase ejecutiva. No es que se esté quejando del desenlace —sucursal— que además le permite volver con moderación y por etapas. La perturba esta parálisis que siente ante la inminencia del retorno a casa.

No se lo puede contar al doctor Rodrigo de León por más sociólogo él que sea, o no quiere contárselo. Piensa que él podría compenetrarse con el tema y hasta dar algún consejo pero prefiere no hablar, en esas aguas no conviene meterse, no, señor, en absoluto.

Dulce, la llama él. Dulce quiere ser ella y dejarse las uñas mochas para siempre y olvidar asperezas.

—Entonces me quedará sin visitar tu bella ciudad en este viaje. Total, ya la conozco. Es a ti a quien no conozco, eres un paisaje cambiante como las nubes.

—Corazón de piedra verde.

—Despiadada porteña.

–Mariachi...

El final de la frase queda en suspenso. Mariachi de mi alma no le sale y sin embargo es lo que siente porque él ha estirado una vez más la mano con esa ternura tan suya que ella le ha ido destrabando a lo largo de largos días y noches de intermitentes interludios.

Ella tuvo una semana completa para poner su circo interior en orden y todavía no se anima al retorno.

–¿Seguro no quieres ir al DF local? Alquilamos un carro, es sólo una hora de viaje, hasta podemos regresar a pernoctar acá si así lo prefieres.

–Seguro que no quiero.

(No le pregunta qué le ve ella a La Plata para insistir en quedarse en esa ciudad insípida, sin historia, pero ella le lee la pregunta en los ojos. Él le propuso acompañarlo hasta acá y se responsabiliza y no le reprocha nada y ella lo siente un tipo sólido, le gusta apoyarse en su pecho.)

Ya de entrada él le dio esa impresión, en el salón VIP del aeropuerto de Dallas. Ella estaba escribiendo tarjetas, desesperadamente, a todos sus amigos de San Francisco, como si no pudiera desprenderse de ellos ni de esos mundos. No queriendo largar el hueso, ni queriendo retornar a su país –es decir aquí, ahora– donde de todos modos había resuelto retornar por propia voluntad. Entre tanta escritura y confusión de tarjetas y pegada de estampillas y copia de direcciones levantó la vista y ahí estaban esos ojos risueños observándola con cierto descaro. Los mismos que, oh, casualidad, en el avión habrían de sentarse a su vera.

–Me pregunto para qué volví, dice más para su colete que para Rodrigo que ya está casi dormido con la cabeza sobre su hombro, incomodándola. También le incomoda la guitarra que él dejó abandonada a sus pies, pero elige no moverse.

Él reafirma la pregunta con un gruñido de sueño. Él también se lo debe de estar preguntando. Por momentos ella teme que él crea estar con una prófuga de la justicia o algo parecido. De otra forma, ¿por qué esta mujer simpática, complaciente, hasta agradable de ver –se autoalaba– va a cambiar su derrotero y venirse a encerrar con un desconocido en un apartotel de una ciudad que le es ajena, resistiéndose al verdadero retorno a su propia ciudad natal, sin siquiera hacer una mísera llamada telefónica? Por momentos él debe pensar que está loca o que es estúpida o todo al mismo tiempo. Loca, estúpida, prófuga. Quizás eso lo excite

–Estoy acá para matarte, le susurra ella al oído pero él la descalifica con un leve gesto de la mano, como quien espanta una mosca. Lo que quiere es dormir.

*El tiempo podría tener siempre esta misma textura untuosa, ser así como un nido hecho no de lugar, hecho de esto –tiempo– que se estira y cambia y yo siempre arropada en él dejándome mecer a su compás. Que un pasajero encontrado en un avión le regale a una tiempo es casi milagroso. Me siento como en sentencia diferida, a un paso del tribunal sin llegar nunca. Durante el vuelo la primera información que Rodrigo me dio de sí no fue que era sociólogo sino que hacía surf. Soy un hombre de gran paciencia, dijo con algo de amenaza implícita, a veces a la madrugada en traje de neoprene tengo que pasar larguísimos ratos esperando la ola propicia, pero vale la pena esperar, dijo, porque cuando llega la ola propicia el resto es pura gloria. Ella se sintió cabalgando la ola con él, dejándose arrastrar en su corriente. Eufórica. Ahora está sola sobre la tabla, dentro del túnel de la ola que en cualquier momento puede romper sobre su cabeza. No importa. Transcurrir en el túnel de agua es lo principal, ese deslizarse en un movimiento que parece estático, un equilibrio perfecto sobre el manto de agua que se desplaza a velocidad impresionante.*

A la mañana siguiente Rodrigo salió temprano para encontrarse con una colega local que lo acompañaría a comprar un bolso. La fecha de su partida estaba próxima. Ella no quiere ni pensar en eso. Lo va a extrañar pero no es lo más inquietante. No. Lo grave es que sin él ya no se justifica su permanencia en La Plata, encapsulada, enredada en sus propios hilos.

Volver es unir soltando amarras, es borrón y cuenta nueva y a la vez zambullirse en el pasado. Volver, como arrancarse una máscara, nos devuelve al intangible efecto final de lo que somos. Volver nos centra y nos anula. Ella no quiere volver y sin embargo ha vuelto. Está volviendo. Esta es apenas una breve etapa en el camino del verdadero regreso.

Por la *suite* del apartotel ella se pasea con paso cada vez más angustiado. Cuando empieza a faltarle el aliento se decide y sale al balcón. No es agorafobia lo que siente, es otra cosa; con Rodrigo han ido por las noches a diversos restaurantes, han ido a bailar y al cine, más de una vez han cruzado esa plaza central tan rodeada de emblemáticos edificios. Pero frente al balcón la plaza enorme la interpela y le va reabriendo heridas. Allí están las marcas, los blancos pañuelos dibujados sobre las baldosas, esos hitos. Da unos pasos atrás, retrocede hasta la habitación y corre las cortinas del ventanal como quien cierra un espacio sagrado. Mejor volver a echarse sobre la cama y dejarse de merodear por los vericuetos del recuerdo. Si el tiempo de retorno es tiempo de ver claro, la cosa no le está resultando fácil. Ella siente que no hay retorno posible, sólo el peligro implícito de una caída en picada. Volver es darse de bruces con aquello que fue y con aquello que nunca más volverá a ser y con lo que sigue siendo igual, imperturbable. Volver, como retroceder en el tiempo, como huir para atrás, es imposible.

Cuando Rodrigo regrese con su bolso nuevo, cuando empiece a meter toda su ropa en la valija, los libros en el bolso, ya no habrá más excusa. Decirle adiós será una forma de muerte no tanto por lo que él es o pudo llegar a ser sino por lo que la espera luego. Y cuando por fin él entra en la pieza con ese bolso que es señal de partida ella cierra los ojos y simula dormir. Despierta, mi bien, despierta, le canta él sentándose a su lado en la cama, acariciándola. Ella aprieta los párpados. No, no despertarse, no, pero él la sacude un poco e insiste. Despierta, tengo una propuesta para hacerte.

Y se la hace: ya que ella se resiste tanto a volver a su Buenos Aires querido, quizás le resulte mejor aplazar el regreso. Él no quiere meterse en su dolor o en sus problemas ni inquirir el motivo de tan drástica decisión, pero es evidente que ella no está dispuesta a completar su viaje de retorno y entonces él le propone una tregua, como quien dice. Él le ofrece un pasaje de ida a México, pueden volar juntos, y después verá.

—No, gracias, dice ella sin siquiera poder emocionarse o digerir tamaño ofrecimiento. No, no puedo aceptar algo así.

—Tengo millaje, no me afecta, me lo devuelves cuando puedas. Ya averigüé, hay lugar en el vuelo. No me cuesta nada hacerlo.

—¿Qué hago en México, cómo puedo devolverte, qué...?

—Es menos complicado de lo que parece, puedes trabajar si quieres. El director del periódico de Zihuatanejo es mi amigo, seguro que consigues trabajo allí, con tu experiencia y tus idiomas. Después te buscas lo que más te convenga, pero vivir en esa zona es bello, barato, y yo paso allí mis buenos fines de semana. Te enseñaré a hacer surf.

—Buena falta me hace el surf, pero no en el agua. En la vida.

—Y bueno. La vida, como el mar. Todo una gran metáfora.

No hubo demasiado tiempo para pensarlo, el vuelo salía a las seis y veintiséis de la siguiente mañana y ya era pasado el mediodía. La promesa de seguir juntos, de otro vuelo codo con codo, de las olas del Pacífico, tomaron la delantera. Ella dejó de sentir el peso de su incapacidad y le abrió paso a la esperanza. Cambio de derrotero, se dijo, no porque el que venía siguiendo me resulte del todo intransitable sino

porque se me ha presentado una alternativa feliz. ¿Quién hubiera soñado con olas y cocoteros acá, en La Plata?

Él hizo por teléfono los trámites pertinentes, ella en su euforia empacó las valijas de ambos, los dos festejaron de lo lindo esa noche y ella sintió que se estaba desprendiendo de una red invisible y viscosa. Las pocas horas que le quedaban para el sueño no pudo aprovecharlas, y cuando el despertador sonó a las tres de la mañana ella saltó de la cama y lo azuzó a él para que no perdieran el transporte a Ezeiza.

Una vez a bordo del autobús, apoltronada en su asiento y segura de estar ya camino al aeropuerto —es decir, a otra parte cualquiera del mundo menos esta— se durmió con el alivio de alguien que ha logrado escapar de un sueño indescifrable. Y dormía plácidamente sobre el hombro de Rodrigo cuando se detuvieron en el puesto de peaje de Dock Sur, y hubiera seguido durmiendo a lo largo de todo el cruce de la Capital Federal de no ser por el tumulto que se generó minutos después del puente. Ella alcanzó a entenderlo como en cámara lenta, en diferido. Tres hombres de traje y corbata que habían subido al autobús aprovechando la parada —tan señores ellos, tan formales— en algún momento desenfundaron sus pistolas y encañonaron al pasaje. Ella sólo supo del tirón y el dolor en el hombro cuando le arrancaron la cartera, y de inmediato se sintió empujada y arrastrada por los otros pasajeros en un descenso forzado. Rodrigo intentó tomarla de la mano pero fueron separados en la estampida. La confusión subsiguiente, los gritos y los llantos y los llamados de auxilio la dejaron anonadada. Todo había sido tan rápido y ya los asaltantes huían con el ómnibus a gran velocidad dejando atrás a los ex pasajeros que lloraban la pérdida de todos sus bienes, no sólo las valijas: relojes, celulares, joyas, billeteras, carteras, portafolios, documentos. Se encontraban varados en medio de la desierta autopista elevada cuando todavía era de noche. Ella estaba descalza porque se había quitado los zapatos para viajar más cómoda. La impotencia y el desamparo aumentaban la desesperación de todos. Ella sintió que le faltaba el aire y fue apartándose del grupo. Un perro vagabundo se acercó a olfatearla y ella, sin pensar, lo acarició. Un perro. Negro parecía en esa hora incierta cuando mínimamente empezaba a clarear, allá por el lado del río. Lo del río no lo percibió ella, sin conciencia de la geografía, pero empezaba a clarear desde el río y el perro, de espaldas a la claridad, avanzó por la autopista elevada en la que se encontraban y ella se largó a seguirlo. Descalza como estaba. A sus pies y frente a ella la ciudad era un fantasma. El perro no, el perro avanzaba y si ella se detenía la esperaba, el perro parecía querer guiarla o al menos así lo entendió ella entre los vahos de una duermevela que ya no le era propia, duermevela de la ciudad desperezándose con las primeras luces del alba. De golpe un reflejo sonrosado estalló en los vidrios de distantes ventanas y ella revivió un distante amanecer, en Machu Picchu, tras otro perro vagabundo que la fue llevando escalinatas de piedra arriba hasta que toda esa fantasmagórica ciudad muerta hecha de piedra quedó a sus pies, y desde lo alto ella pudo ver subir del valle un manto de niebla que avanzó hasta cubrir por entero las ruinas como un acto de magia, de desaparición, para luego irse alejando como quien de vela algo nuevo, algo enteramente reluciente y recién hecho a pesar de los siglos transcurridos. Ahora también: ahora ella es nadie, sin documentos, sin zapatos, sin nombre, y a lo lejos la gran ciudad empieza a recuperar su esencia y a redibujarse a medida que se disuelven las brumas del alba. Y en su recuperación, la ciudad, allí enfrente, vista desde la autopista elevada, le va abriendo los brazos dispuesta a recibirla como a una persona también nueva, renacida. **C**

---

JESÚS J. BARQUET

---

## Los dioses

Y circularán en torno a ellos muchachos  
que tendrán para siempre la misma edad.  
Sura del hombre, *Corán*

**S**on los dioses, múltiples, pederastas  
que llegan rodeados de garzones  
al desprendimiento último de las aguas.

*Ellos son el origen pero quieren ver el final:  
asomarse indolentes al descalabro  
de las mismas criaturas que alguna vez amaron  
y amasaron de ignota masa errática.  
Se han inclinado a contemplar sin disculpas  
esa torpe columna de ensayado cristal  
que ha vivido cayendo  
por los desfiladeros de la Historia:  
en vertical caída  
sin paracaídas,  
el alto azor que nunca  
alcanzó a volar  
su propio vuelo,  
el anhelado esplendor  
viciado ya desde  
la procreación y el nacimiento.*

*Los dioses exhiben sus efebos como alhajas  
salvadas de un naufragio,  
y se acuestan con ellos entre seda y jengibre  
a observar contumaces la caída  
del hombre,  
de una tarde,  
de un proyecto de vida.*

*Nada hay que temer, los chicos nada saben:  
no preguntan, no reclaman, no incomodan  
con ninguna impertinencia.*

*Simplemente se dejan acariciar  
como apolíneos pétalos a punto de florecer,  
mientras se saben objeto de inauditos regalos:  
camera phones, ipods, HiFi y otros gadgets  
de última veneración.*

*Distraídos, los náufragos  
se dejan  
seducir por los dioses:*

*sin saber de solana o helada,  
recostados están  
como perlas*

*esparcidas  
sobre el lecho,  
recibiendo y causando inaplazables placeres.  
Los asiste la torpe o culpable inocencia de creer  
que ese desastre que en el trasfondo observan  
–y en el que podrían, de fijarse mejor, reconocer  
a algún pariente cercano o a un amigo del barrio–  
en nada les atañe, en nada les afecta,  
de nada los previene.*

*Ellos  
son casi ya sobrehumanos:*

*ungidos van  
como troncos que flotan sobre el naufragio,  
colmados –complacientes  
amantes– de amuletos*

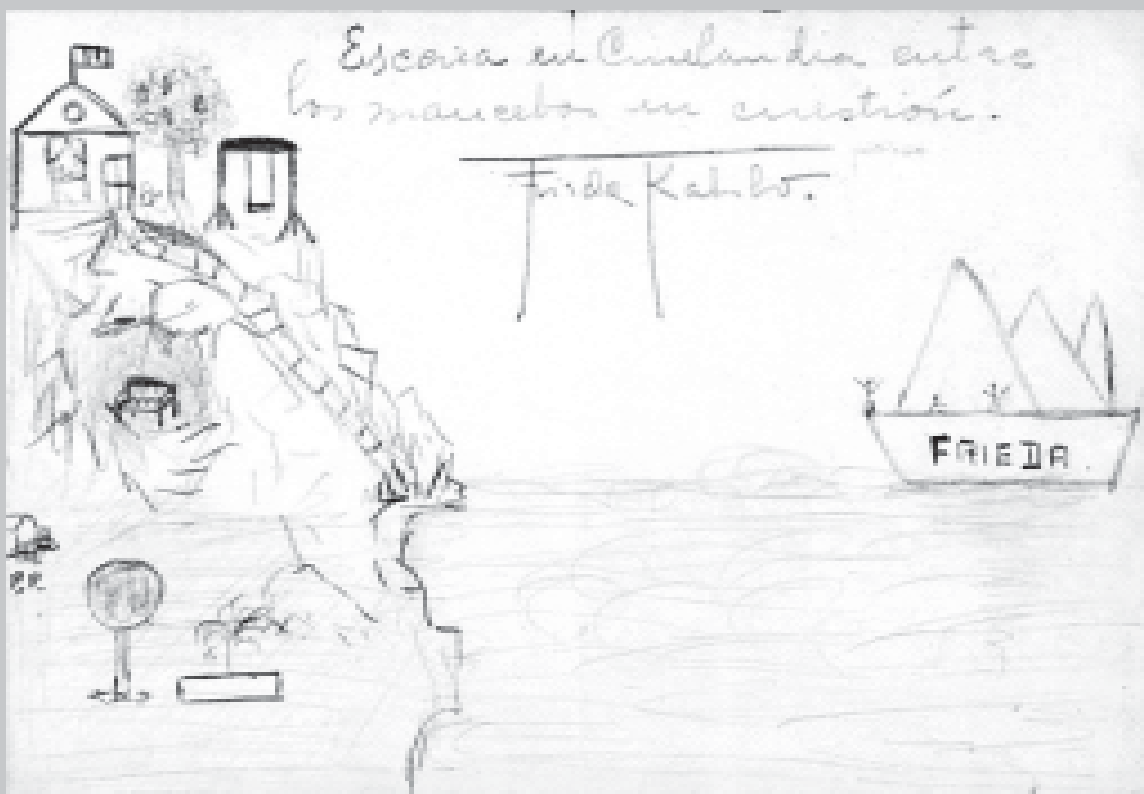
*contra la verdad de los otros  
y el vacío de sí mismos.*

*Una vez más, criaturas  
hechas a la medida y antojo de los dioses:  
masa, una vez más, errática e ignota  
como la de sus parientes y vecinos mayores  
que fueron, que van a dar a la mar...*

Envío

*Sisfechos los dioses  
festejan su creación  
con la sangre cuajada  
de errante semidiós  
casi desnudo y único,  
nacido de mujer:  
Hipostática unión  
que muchos despreciaron  
porque hablaba de amor  
y paz entre los hombres  
de buena voluntad.*

*Ay, si el mar fuera la tinta  
con que Su verbo se escribiera.  
Ay, que no se nos agote  
el mar antes que Su palabra. ©*



## El encuentro con la realidad

Entonces, como en un sueño, el hombre se perdió en las calles. Caminaba y caminaba sin sentido. Era de noche, y reinaba una absoluta soledad. Las ventanas de las casas y edificios estaban apagadas. No recordaba dónde vivía. Miraba atentamente las puertas y ventanas, y a veces se detenía, creyendo notar algo familiar, o esperando que se abrieran, y que tal vez alguien lo invitara a entrar. Pero las puertas estaban aseguradas –había tratado de abrir a empujones una que otra–, y nadie se asomaba por las ventanas. Gritaba, y no se encendía ninguna luz. Era como si todo el mundo hubiera abandonado la ciudad, y él fuera su único habitante, sin casa, sin abrigo. Y todavía era de noche, el tiempo parecía no pasar, llevaba horas caminando y no amanecía. Un pequeño paso para el hombre es la vida, pensó, pero él había dado tantos. Y seguía dándolos, pasos sin rumbo, pasos de un hombre ebrio de soledad. Pero se estaba volviendo literario, lo que ayudaba un poco, pero no mucho, porque tenía hambre y estaba cansado, perdido, como si estuviera encerrado sin embargo. Quería salir de la ciudad, llegar a campo abierto, y no podía. Las calles se entrecruzaban, al parecer sin fin. Sólo había calles, y más calles. Estaba condenado a la ciudad. Sin duda era un sueño, ahora tenía la certeza, pero era demasiado real, nada absurdo como todos los sueños. Palpaba las paredes, las puertas, se secaba el sudor con el pañuelo empapado.

Dominado por el cansancio, se detuvo entonces en la mitad de una calle de casas con amplios jardines. Algunas no se podían ver, escondidas por altas tapias. La puerta metálica de una de ellas, negra, enorme, estaba algo entornada. Entró en el jardín, y luego –sin duda con un valor fruto de la desesperación y la fatiga– en la casa, pasando al lado, casi encima de un perro lastimoso, en los huesos y al parecer muerto de hambre, que lo miró con un sólo ojo y bostezó, lánguido y perezoso. No se oía ningún ruido adentro. Nada. La casa estaba deshabitada, claro, pensó, como el resto de la ciudad.

Respiró profundo, se sintió a sus anchas. Prendió la luz, se acomodó en un sillón, y encendió el televisor. No había nada en la pantalla –ruido y estática solamente–, y nada en la nevera. Volvió a la sala, esperando que sucediera algo. Nada. Silencio, sólo oía su propia respiración. Pero un gato apareció, sinuoso, misterioso.

Y de pronto estaba en la selva.

La pantera que amenazaba a la aldea desde hacía muchos días había devorado a otro hombre, un blanco esta vez, dijeron los aldeanos, aliviados.

## Noticia del futuro

Los animales de la ciudad se transformaron, es decir los insectos y los roedores, porque aquello no le sucedió a los gatos, perros, caballos, burros, mulas, llamas, cerdos, ovejas, cabras, vacas, ni a las palomas, mirlas, picaflores, pericos, loros y guacamayas, sino sólo a los mosquitos y a las moscas, a las cucarachas y las arañas, a las pulgas y los piojos, a las ladillas y los chinches, y a los ratones, los hamsters, y las ratas. Estas últimas y los ratones fueron los primeros en aumentar de tamaño. A los ratones se les hizo cada vez más difícil deslizarse en las alcobas para espantar a las señoras. Las ratas no podían meterse en las covachas de los pobres para comerse a los bebés; tenían que tumbarlas; no cabían en sus cuevas, ni en los cimientos de las casas o las alcantarillas.

Las cucarachas comenzaron a tener problemas para esconderse. Las mariposas negras no cabían por las ventanas. Los piojos y las ladillas se convirtieron en blanco fácil de pistolas y otras armas de corto alcance. Las pulgas engordaron tanto que ya no podían saltar, ni cabían por ninguna parte. Los perros y los gatos se libraron de las pulgas, pero tuvieron que cuidarse de no ser aplastados por ellas, o por las incontables ratas y ratones que se habían apoderado de las masas y pasaban en masa emitiendo chillidos que parecían sirenas de pequeñas ambulancias. El polvo de las alas de las polillas asfixiaba a los niños y causó una epidemia de asma. A las ratas había que matarlas con lanzagranadas o incinerarlas con napalm. Las moscas, sin embargo, se convirtieron en blanco difícil para las ametralladoras porque las mariposas negras y las polillas oscurecían el cielo. Los cañones antiáereos y los misiles apenas abrían boquetes que dejaban filtrar el sol unos segundos, y caían en sitios imprevistos, causando incontables daños y segando centenares de vidas de inocentes y asustados civiles. Las ratas y los runchos se comieron a todos los mamíferos que pudieron, incluidos los humanos pacifistas, ecólogos y furiosos defensores de animales, que identificaban fácilmente, aunque nunca se supo cómo; después emigraron a los basurales de las afueras y asolaron el campo. La gente estaba relativamente segura en sus casas, dependiendo de sus armas y del ingenio para apertrecharse y convertir sus residencias en fortalezas inexpugnables, pero tenían que vivir pendientes de que las pulgas o los piojos sedientos de sangre no tumbaran las puertas o las rejas de hierro de las ventanas. Los disparos y las explosiones sonaban a cada momento y aumentaban el estruendo del constante batir de alas. Algunos hombres, desaparecidos ya todos los pacifistas y los ecólogos –también los vegetarianos–, pronto se dieron por vencidos y fueron devorados. Otros, los que tenían más medios de defensa y los más tenaces, sobrevivieron. Las pestes pronto se cansaron de asediar los búnqueres de los pocos habitantes de las ciudades que quedaban, hechos inútiles manojos de nervios. En el campo había presas fáciles, vacas y cerdos y otros animales incapaces de defenderse, y ni siquiera nerviosos. Y cuando ya no quedaba nada, o poco, con vida, las pulgas se lanzaron sobre las ratas y las cucarachas, incontables, atacaron a los piojos; todos se fueron contra todos y se mataron entre sí, pero sólo las cucarachas sobrevivieron. Sin embargo, pronto resultaron también sobrevivientes entre los animales domésticos, un caballo aquí, una burra allá, una pareja de chigüiros, una llama, perros con las orejas mordidas, y gatos cabizbajos.

PABLO MONTANARO

## 1944, anna ajmátova regresa a moscú

*El cuerpo reconoce  
un prolongado silencio/  
algunos rostros conocidos  
—y a la vez extraños—  
se asoman por las ventanas/  
¿habrá algo que contar?*

*comprende que los paisajes dejaron de tener  
las múltiples formas de la ilusión  
pero sólo la memoria responde a esta última cita/  
ahora un viento fuerte sobrevuela moscú.*

## Principio y fin\*

*La noche parece cerrarse más en los rostros  
de aquellos que prolongan el hastío en los puertos vacíos/  
deambulando desesperados por la vida/  
acumulando recuerdos que no pueden disfrazar  
salvo bebiendo las infinitas botellas de tequila/*

*nada puede salvarlos porque andan atravesando el territorio de  
/ las sombras/*

\* Película del mexicano Arturo Ripstein.

*ya no tienen nombre/ son vidas en pleno naufragio/  
han perdido las batallas/ caen secos en sus propias sepulturas/*

*y se ahogan en las infinitas desdichas/  
con sus voces ásperas irrumpen en blasfemias: el amor a destiempo/  
los hijos no deseados/ el primer brillo del sol los encuentra  
descendiendo a los infiernos/ mientras llueve sobre sus cuerpos  
eternamente heridos/ ahogados por las traiciones.*

## testimonio

***E**n la tarde/ la visible  
permanencia de los fulgores/  
y la respiración cruzando los pliegues  
del tiempo que pasa*

*en otro lugar/ lejos de aquí/  
la imagen de un hombre  
recorta la línea del mar,  
una metáfora del sueño. **C***

## Arkanta

*Maldito amor el nuestro si caemos  
en la trampa mortal de las parejas  
si queremos querer y desqueremos  
si empezamos el living por las rejas.*

JOAQUÍN SABINA

El amor es algo que a duras penas cabe en un bolero, y aún así... no hay bolero que dure cien años, ni corazón que lo resista.

El amor también cabe en un cuento de hadas, pero esa mierda de comer perdices... si en vez de decir, y *fuieron felices y comieron perdices*, la fórmula dijera, por ejemplo, y *fuieron felices y comieron aves gallináceas que llegan a los treinta y ocho centímetros de longitud desde la punta del pico hasta la cola, y cincuenta y dos de envergadura, con cuerpo grueso, cuello corto, cabeza pequeña, pico y pies encarnados*, tal vez entonces daría una idea un poco más cercana de lo que significa la propuesta de comernos esa cosa hasta que la muerte nos separe.

El amor no puede sino ser pasajero.

Cuando es pasado, no es amor sino dolor, ¡y hasta riman!

Como futuro, no es que no sea conjugable, pero... Amaré, as, a, emos, éis, án. Y no riman.

El amor sólo puede ser presente, sin plan ni proyecto, sólo ahora, ya. Y si eso dura toda una vida no será porque el amor se haya extendido en el tiempo, como alegrarían los guardianes de las buenas costumbres, sino que el tiempo se habrá diluido en el amor, y esa es la única eternidad imaginable; las demás sólo son gradaciones del absurdo.

Ahora bien, dure lo que dure un amor, ¿no es eso acaso toda una vida?

Quizás sea eso lo que buscamos eternamente... la diferencia entre una gallina y una perdiz.

Vos seguiste casada y ahora tenés tres hijos.

Yo no hice nada de eso. Me divorcié, como era de esperarse, y me casé de nuevo al poco tiempo, como no lo esperaba nadie, ni yo mismo. Pero no funcionó, y no fue por lo nuestro, como pasa en las películas; simplemente no funcionó.

*La ley de Murphy* es el oráculo de la posmodernidad, y aunque ahí se advierte que la originalidad es el arte de ocultar las fuentes, no hay más remedio que citarla textualmente:

«El matrimonio es el remedio contra la pasión».

Arthur Bloch, mal de su grado, supongo, ya debe tener ganado el cielo. Si se lee a tiempo, puede salvar una vida. Si se lee demasiado tarde, te das cuenta de que fue como si uno hubiera seguido un manual de instrucciones al revés. Pero ¿cómo saberlo?, con suerte y nos lo encontremos en el infierno.

Nos conocimos en una fiesta, como en las películas. A la hora de abrir el vino, nos dieron la espantosa noticia de que el sacacorchos no aparecía por ninguna parte, pero esa noche yo pude haber sacado hasta un conejo de un sombrero... Tomé un cuchillo de sierra y, a vista y paciencia de la concurrencia, con un gesto obsceno penetré el corcho y lo hice girar. Para sorpresa infinita de todos, el corcho no opuso resistencia alguna, se entregó a su irremediable destino y abandonó la botella con el acostumbrado hipo de la implosión.

Vos no salías del asombro. Yo tampoco, pero disimulé para que nadie pensara que era la primera vez que lo hacía. Hiciste un ruido con la garganta, llamaste mi atención y me dijiste *¿Te querés casar conmigo?* En ese momento reparé en tu bella cara. Te miré a los ojos. Estabas sentada a la mesa, como todos, de modo que sólo te imaginé desnuda de la cintura para arriba y, aprovechándome de que aún sangraba, te ofrecí el corcho todavía ensartado en el cuchillo, como la víctima de un sacrificio.

Los demás invitados, que eran más tus amigos que los míos, empezaron a dar esas muestras inconcientes de incomodidad, carraspeos, miradas entrecruzadas, en fin, todo lo que manda la etiqueta para esas ocasiones. Pero entre vos y yo ya había comenzado algo.

Hacia el final de la reunión vos amenazaste: *De hoy en ocho, en mi casa ¡ah!*

El *meeting* en tu casa convocó al menos al doble de la concurrencia anterior. Ninguno de tus amigos nos quitaba el ojo de encima. Pero nos portamos bien, conversamos cordialmente, aunque ambos sabíamos que conforme avanzaba nuestro diálogo, un lenguaje secreto nos nacía sin esfuerzo ni dolor alguno. Vos, de respuestas ágiles, y yo, tratando de estar a la altura, la cosa es que tus amigos pronto quedaron al margen de nuestra esgrima verbal, se aburrieron y se consumieron en el vino, la música, la marihuana y los bocadillos, como en toda fiesta formal de gente que pasaba de los treinta, pero no llegaba aún a los cuarenta, manga de izquierdosos, hijos legítimos de la periferia en los 60, San José ni siquiera debía figurar en el mapa, demasiados niños para el *rock and roll*, demasiado buen gusto como para aquella mierda llamada «disco», inmunes a cualquier fiebre de sábado por la noche, pedantes desconocedores de la música popular, pero amantes de la nueva trova, artistas, intelectuales, Woody Allen, demasiados niños también para los tiempos del *Boom*, pero cortazarianos de religión, Bergman, Buñuel y los Beatles, carreras universitarias todas a las que se asistía en uniforme de antropólogo, usábamos camisas guatemaltecas, sandalias de cuero, ruanas andinas, bolsos de mecate, y *jeans*, claro, porque siempre fuimos contradictorios, indumentaria toda que después dieron en llamar «étnica».

Éramos jóvenes profesores de música, bellas artes, filosofía, teatro, sicología, sociología, literatura, toda esa fauna éramos nosotros, como si hubiéramos leído un manual de instrucciones.

Me diste tu número y te llamé un par de días más tarde.

—¿Sabés que está la feria del libro?

—¿Me estás invitando?

—¿Vamos?

—¡Vamos!

Llévame de feria en feria, me dijiste tiempo después.

Recorrimos los puestos y vimos cientos de libros sin llegar a ver ninguno realmente, sólo nos envolvía el asombro y el mandato inapelable de la química. Nos olíamos descaradamente, nos hablábamos al oído, rozábamos la piel de los brazos... olías a mujer en pie de guerra.

En un puesto de comida tomamos café sin poder comer nada, porque en esos momentos sólo hay lugar para marismas en el estómago.

Y con la tarde cayó la culpa, la urgencia de salir de aquel encanto.

*Sería todo un detalle que me acercaras a mi carro*, te dije, y vos sonreíste como sólo se le sonríe a lo irremediable.

Tu carro parqueado detrás del mío.

Hora de decir adiós, no sin antes matarnos a besos, no sin antes desgarrarnos a caricias. Nos besamos como sólo se besa en los boleros.

Para la tercera reunión de aquel selecto grupo de artistas ya vos y yo teníamos el vicio de llenarnos las contestadoras de poemas breves, las más de las veces originales y, cuando no, sacados de lo más arcano de la literatura, porque era también una competencia de erudición, porque nadie pretende ser original cuando cae víctima de una incontinencia amorosa.

Nos encontramos en tu casa después de la reunión.

Vos te fuiste sola en tu carro para desarticular toda sospecha. Yo me fui más tarde, en taxi con tres amigos más que no dijeron nada cuando pedí que me dejaran a medio camino. Abandoné el taxi y tomé otro, como en las películas.

Vos me esperabas con la misma ropa con que fuiste a la fiesta, pero estabas descalza y con el pelo suelto. Empezamos a amarnos desesperadamente en el sofá. Nos amamos sin pudor, como si ya nos hubiéramos amado en vidas anteriores. Nos amamos sin precaución rompiendo toda la etiqueta de los tiempos del sida, porque en ese momento no nos importaba nada... no nos hubiéramos detenido ni ante las trompetas del apocalipsis. Nos amamos largamente, fervorosamente, y terminamos empapados de pies a cabeza en un sudor entre colirio y almizcle que se infiltró en las paredes para siempre.

Hacia la madrugada, muertos de frío y delicioso agotamiento, nos fuimos a tu cama y dormimos desnudos, como es ley que duerman los amantes, y una felicidad subversiva veló nuestros sueños. De cuando en cuando alguno de los dos se acomodaba, despertábamos y nos besábamos con las bocas delicadamente llenas de sabor a cuerpo humano, y yo bebía mi propio sabor de tu boca, y vos el tuyo de la mía, porque el cuerpo es ese animal que llevamos puesto para que el alma sepa lo que es el mundo.

Andábamos por los treinta y tantos casi todos. Los de cuarenta recién cumplidos, como si se hubieran puesto de acuerdo, se fueron divorciando de uno en uno, de uno en uno. El grupo tomó otro rumbo desde entonces y por casi un año y medio, que fue lo que soportó.

Vos eras profesora de literatura en la Universidad. Yo tocaba jazz por las noches y de día enseñaba historia de la música en la misma universidad. *Jazz o Morir* era el paradero donde íbamos a escorar casi siempre. La Flauta Mágica, mi amor platónico, la mujer de mi vida pero casada con otro, siempre estaba ahí, yo tocaba el bajo sólo por el impagable privilegio de estar con ella y verla recorrer la flauta travesa con sus dedos largos. *Joaquín*, me decía, *por eso es que no podemos ser pareja, porque nos amamos mucho*. Vos la escuchabas y a veces me preguntabas si te amaba como a ella, y yo te lo decía de todo corazón, son amores diferentes, *mi amor por vos es antiguo, transhistórico, hiperreal, futurista... ¡Clandestino!*, apuntabas vos atrapando mi mano por debajo de la mesa. No sé para qué tomábamos esas precauciones, no hubo nadie en toda esa larga noche josefina que no se enterara de lo que se decía de nosotros. Pero el encanto de la clandestinidad lo defendimos a muerte para mantener nuestro amor a salvo de la costumbre, al abrigo de la noche, vacunado contra la rutina.

Por lo demás, nuestros días no eran ni más ni menos que los días del resto de los mortales. Había que trabajar porque el vino no nos lo regalaban en ninguna parte, ni nadie pagaba nuestros recibos de agua, luz, teléfono, internet, y todos los pequeños lujos que habíamos aprendido a apreciar en detrimento de nuestras antiguas consignas de militantes de la izquierda suicida a la que invariablemente pertenecemos de jóvenes. Nunca dejamos el partido; fue el partido el que nos dejó a nosotros, reduciéndonos a la orfandad ideológica que arrastraría al país entero en unos pocos años más al supermercado de la historia.

Andábamos por los treinta y tantos casi todos, y cuando hacíamos la retrospectiva de nuestra generación, terminábamos por aceptar que no habíamos hecho nada, o casi nada, *que no es lo mismo, pero es igual*, como siempre citaba alguno de todos.

Los que rondaban los cuarenta y cinco la habían cagado peor que nosotros, porque de revolucionarios habían pasado casi todos a empresarios o, peor aún, a diputados, ministros y embajadores de los gobiernos de los ricos, sin el menor empacho, y daba gusto oírlos contar de sus locuras de juventud en los años 70, Alcoa emblemática, no a las universidades privadas... Daba asco verlos enfundados en sus trajes enteros rezando la vieja cantaleta de que *el joven que no es comunista no tiene corazón, y el adulto que lo sigue siendo, no tiene cabeza*.

No hicimos nada, no cambiamos el mundo, pero del grupo salía música, salían novelas, salía teatro, danza, fotografía. Cine no porque entonces no se producía en el país, pero nos moríamos de las ganas de hacer al menos una película. Y para vernos juntos a plena luz del día bastaba que se convocara a alguna marcha de repudio al gobierno, o en solidaridad con alguna de las causas que milagrosamente sostenían los sindicatos. Pero de ahí no pasamos.

Vos y yo empezamos a necesitarnos cada vez más, y la noche se nos fue haciendo pequeñita. Llegábamos a trabajar exhaustos, ojerosos y felices y cada vez que el horario lo permitía, pasábamos la tarde juntos en algún hostel en las afueras de la ciudad. Fumábamos un porro, descorchábamos una botella, nos amábamos como caballitos de mar, y éramos jodidamente felices, a pesar de no tener permiso, como decía Benedetti.

La Diosa Locura protege el amor de los amantes.

Con frecuencia llovía.

*¿Nos quedamos?*

*¿Pasamos la noche aquí?*

*¡Por qué no, el mundo se puede acabar hoy mismo!*

*«El fin del mundo desde nuestra cama usual en una noche de lluvia».*

*¡Así es! No nos encuentre el fin del mundo haciendo la tarea, sino desnudos en esta cama amándonos con la urgencia de las especies de corta vida.*

*Me encantan tus arrebatos oraculares.*

Fue una tarde de esas cuando vibró en mi cabeza una palabra sonora y misteriosa... *Arkanta*, dije en voz alta. A vos se te erizó la piel y el bello de tu pubis se movió como un alga en un coral.

*-¿Qué dijiste?*

*-Dije Arkanta.*

*-¿Qué significa?*

*-No sé. Me pareció escuchar ese nombre desde un tiempo insondable.*

*-¿Es un nombre?*

*-¡Sí, es tu nombre, tu nombre secreto!*

*-¿En qué lengua?*

*-No sé, una lengua extinta. Si significara algo en alguna lengua viva, sería coincidencia.*

En la intimidad te seguí llamando Arkanta, aunque vos me llamaras Andrés. La Flauta Mágica me llamaba Joaquín; vos me llamabas Andrés, la mayoría de mis amigos me llamaba Martín. Eran nuestros juegos cortazarianos, pero cómo evitarlo...

–*Cortázar fue consecuente hasta el último de sus días...*

–*¿Lo fue?*

–*Vivía en París.*

–*Pero escribía desde la selva en Nicaragua.*

–*Pero cada vez que se le terminaba la cinta de la máquina volvía a París.*

–*La lucha se da desde diferentes trincheras.*

–*Sí, pero las hay algunas mejores que las otras.*

–*¿Y qué querías, que lo mataran los milicos?*

–*También era un burgués.*

–*¿Es imperdonable señalar la injusticia desde la comodidad?*

La revolución nicaragüense ya estaba muerta, Cortázar ya estaba muerto, los malditos gringos ya habían vuelto mierda Panamá y el Golfo Pérsico, y faltaban tantas masacres más... Y vos y yo sólo teníamos nuestros cuerpos para cubrirlos de ficciones, para inventar sobre ellos, para escribir sobre ellos ese código que un cuerpo pinta sobre el otro con las tonalidades del sudor y la saliva y las tinturas seminales y aquel licor adherente que manaba de tu vagina y me llevaba a la locura como si fuera el timón de mi voluntad.

–*¡Si esta es la vida, que vuelva otra vez!*

–*Nietzsche...*

–*¡Claro!*

Probablemente, en cuanto a la teoría se refiere, no habría nadie entre nuestra fauna que no estuviera de acuerdo en que nada hay más intenso que el amor de los amantes, demostrado por la historia y comprobado en el día a día: los amores que guarda la memoria de los tiempos son precisamente los de los amantes. Sin embargo, nuestra situación era de alguna manera incómoda para el grupo. Se mantenían algunos matrimonios que se veían peligrosamente amenazados por la sospecha de nuestra relación: si les pasó a ellos, *¿por qué a nosotros no?*, era la sentencia. Las parejas nuevas de nuestros amigos legítimamente divorciados hasta que la muerte los iguale, veían en nosotros su destino irremediable, cosa que compartían con los desaparecidos. En medio, vos y yo manteníamos el juego de los amigos que se quieren mucho, o el de las almas gemelas que se encontraron tardíamente y no les quedó más que volverse casi hermanas, pero incapaces de concretar nada más allá en la intimidad. Pero era eso, un juego. Asistíamos a las reuniones en casa de quien convocara y entre los dos no había espacio ni para el filo de la envidia, hablábamos siempre nuestro lenguaje secreto, hacíamos juegos de palabras incomprensibles para los demás que no tenían por qué saber que acabábamos de ver por milésima vez *Modern Times*, o *Limelight*, y que los movimientos chaplinescos que hacíamos remitían a otra noche de felicidad después de una tarde de mucho sexo y mucha droga. Droga es decir de más, porque nunca pasamos de la marihuana, que es más inofensiva que el tabaco y que el alcohol, pero que era otro ingrediente que se sumaba al abanico de la dicha que nos habíamos inventado.

Pocos sabían a ciencia cierta, como se dice en lenguaje positivista, de la intensidad de lo nuestro. La Flauta Mágica, mi confidente, y alguno de tus amigos, cuya identidad ignoro hasta la fecha, alguno que otro de mis amigos, alguno que otro de nuestros amigos. Lo demás era vox pópuli.

Arkanta, mirálo así, llegamos a decir «instante detente». Si la apuesta hubiera sido con el Diabolo, la hubiéramos perdido, pero muy por el contrario del marica de Fausto, los dos hubiéramos ido a parar al infierno insondable pagando al contado cada segundo de ese bendito amor que nos eligió, ese amor

incorrupible, ese amor inmarcesible a prueba de matrimonio, a prueba de hijos, nietos y demás familiares, ese amor impoluto, no apto para personas con deficiencias espirituales, ese amor que sólo vos y yo sabemos y que, inexorablemente, estaba condenado a morir joven para que su cadáver de extrema hermosura perdurara para escarnio de los amores de almanaque que a la vuelta de la esquina sucumben ante la más pálida cotidianidad..., ese amor que ni siquiera nos condenaba a no poder volver amar a nadie de esa manera.

No llegamos a viajar muy lejos, no llegamos a ver juntos el mar. Lo nuestro era entrañablemente urbano, era asfalto y era concreto...

–*¡Mas concreto enamorado!*

–*¡Quevedo!*

–*Sí, el viejo Francisco.*

–*¡San Francisco!*

–*¿De California?*

–*No, de Asís.*

–*No, ese no pasaba nunca de hermano sol, hermana luna.*

Vos y yo éramos lobos indómitos, no nos conmovíamos ante nada. Bueno, tal vez sólo ante la posibilidad de la separación, que entonces veíamos como algo lejano y, en el mejor de los casos, inalcanzable.

Nada importaba, Arkanta, recordá que nada importaba, que los dos estábamos dispuestos a pagar con la vida esa vida que armábamos de retazos cada día, cada tarde, cada noche, porque lo queríamos apenas todo.

Te conté mi vida... te escuché la tuya y no parábamos nunca de hablar. Discutíamos, Arkanta, recordás cómo discutíamos... *Blade Runner*, punto de desencuentro feliz.

–*Dekcard se queda con Rachel porque es la replicante que más se acerca a lo humano.*

–*¿Y si Deckard fuera un replicante también?*

–*Esa es una discusión clásica.*

–*Nunca bien esclarecida.*

–*¿Dónde reside lo humano?*

–*En la conciencia conciente de ella misma.*

–*¿Entonces?*

–*Son dos conciencias enamoradas, ¿qué importa si una nació y la otra fue fabricada?*

Yo te escuchaba argumentar embebido en el movimiento de tus manos y tus ojos que eran la expresión de tu inteligencia meridiana, y me asombraba a cada momento de la profundidad del corazón para contener tanto amor.

–*El amor es una construcción ficcional.*

–*Pero como construcción ficcional es de las mejores.*

–*Woody Allen.*

–*¿Y el instinto?*

–*El instinto es eso que hacen los perros cuando se cagan en la alfombra y rascan el suelo como si estuvieran enterrando la mierda.*

–*¡Pura química entonces!*

–*Química vestida de ficción.*

Vos me mirabas desde tus ojos enamorados, por los que hubiera dado lo que me resta de vida.

–*Si mi fue tornase a es...*

–*Don Quijote.*

*–Glosa de Don Lorenzo...*

*–Cosas imposibles pido,  
pues volver el tiempo a ser  
después que una vez ha sido,  
no hay poder en la tierra que  
a tanto se haya extendido...*

*–Vos siempre tan culta...*

*–Acordate que he leído más que vos.*

*–Eso todavía no lo has demostrado.*

*–Cuestión de tiempo...*

*–¡Te amo con el equivalente al odio jarocho!*

Crisis, del griego *κρίσις*, mutación, cambio... crisis de los treinta y pico, crisis de los cuarenta. Todos andábamos en crisis.

Sobre los poetas pesa la amenaza de que si no se ha escrito nada importante antes de los treinta, ya no se hará. Pero todos andábamos como en crisis de poetas porque ya pasábamos los treinta y no habíamos hecho la revolución, ni la haríamos porque no teníamos los cojones de los nicas, y porque por décadas, los dueños del Poder y la Gloria habían sido lo suficientemente astutos como para mantener apaciguado el país a pesar de las contradicciones, sin necesidad de un ejército. Pero después de los 80, después de la era Reagan, que para él exista el infierno, y el arribo de los neoliberales, todo se estaba yendo a la mierda en nuestras narices, y tampoco hicimos nada, o casi nada, que no es lo mismo pero es igual. Y así se nos empezaron a terminar los 90. Treinta y pocos casi todos, derrotados políticamente, nihilistas trasnochados.

La virulenta desarticulación de las parejas no era exactamente un problema ético para nuestra generación; éramos una fauna descreída y la ruptura con la iglesia católica ni siquiera era un tema, nos valía un pepino aquello de que hasta que la muerte los separe. En verdad, lo que nos jodía era la certeza de que el amor irremediamente nacía con sus días contados, como toda creación de la humana criatura, con fecha de expiración. Los que pasaban de los cuarenta, con raras excepciones, tenían hijos. Entonces la culpa se multiplicaba al infinito.

*–¿Pero cuál era el problema, si casi todos veníamos de familias disfuncionales, de padres divorciados, de madres solteras?*

*–Bueno, que cada generación tiene derecho a plantearse las mismas güevadas que jodieron a las anteriores.*

*–Pero no éramos, ni somos, religiosos, lo que supone una diferencia cualitativa.*

*–Nuestros padres además de la culpa con la pareja y con los hijos, cargaban con la culpa religiosa.*

*–Sí, pero éramos un grupo de gente privilegiada, habíamos hecho, unos más, otros menos, lo que nos había dado la gana, habíamos estudiado, habíamos viajado.*

No podíamos hablar por la gente de la misma edad que no había tenido derecho a nada de eso, sino que se la había tirado trabajando. Lo que pasaba era que nos pudría la vida, reconocer que éramos apenas relativamente disidentes, que nunca habíamos pasado necesidades, que eran contados con los dedos de las manos los de los nuestros que se habían comprometido con las luchas centroamericanas, que habían estado en combate, que habían arriesgado la vida. Los más éramos los que habíamos visto los toros desde la barrera. Es cierto que éramos muy jóvenes, y que colaboramos a nuestra manera, que enviábamos ropa y víveres para los muchachos del Frente, que no nos perdimos una sola marcha de solidaridad, qué sé yo, pero el huevo lo pusieron muy pocos.

–¿Estábamos obligados todos a tener esa claridad política entre los catorce y los diecisiete años?

–Quizás sí.

–En el 80 yo tenía diecisiete, y el día de ese año de mierda que mejor recuerdo es el ocho de diciembre, cuando un hijo de puta asesinó a John Lennon.

–Desde entonces seguimos conmemorando esa fecha ingrata, pero preguntáme de acontecimientos cruciales para la historia centroamericana de ese mismo año... ¡casi no recuerdo nada!

–Los que recuerdan esos momentos son los que estuvieron metidos hasta el tuétano en el asunto, a pesar de tener la misma edad que nosotros. Los demás, es porque han estudiado.

–Esto tiene cara de un mea culpa.

–Un nostra culpa suena mejor.

–Reconozcámoslo.

¡Qué pena!, ni hicimos la revolución, ni volvimos a hacer el amor, porque aquel amor, Arkanta, se nos salió de madre, se hizo más grande que la fisura entre los mundos por donde nos escurríamos para ser felices. *Los amores cobardes no llegan a historia...* Cuando tuvimos que dar el paso no lo dimos. No sé, ni sabré nunca qué de todo fue lo que nos detuvo, si el pánico a morir de amor o bien (digo, mal), el de matarlo.

–¿Cuánto hubiera durado aquello una vez fuera de la clandestinidad?

–¡Flores de la noche expuestas a pleno sol!

–¿Nos hubiéramos secado... nos hubiera cegado la claridad del día?

Nos despedimos con rabia, hasta con algo de rencor si se quiere, como nos fuimos despidiendo de nuestros sueños.

La sed del desamor, el síndrome de abstinencia fue peor que si hubieras sido heroína de alto rendimiento.

–¡Qué absurdo!

–¡Tan felices que fuimos!

–¡Quién nos quita lo bailado!

Peor que la separación, peor que la ruptura, es el agotamiento. El amor en una jaula es un canario viejo. Pero la soledad volando a su antojo es como el aliento de las Erinias que pudre hasta los alimentos.

–¿Quién sabe, Arkanta, qué hubiera pasado?

Por años de años nos dejamos de ver, sin dejar por ello de saber el uno de la otra, la otra del uno, hasta que el destino, que no tiene nada mejor que hacer, nos juntó en este café, como en las películas, para hacer la recapitulación.

Ese cariño antiguo no se nos ha quitado de los ojos, y es como un homenaje viviente y húmedo a lo que fuimos, tanto como a lo que pudimos haber sido y no fuimos.

–No hay recetas, bien pudimos haber sido felices, bien pudimos haber «comenzado el living por las rejas...».


–Lo mismo puede decirse de la revolución.

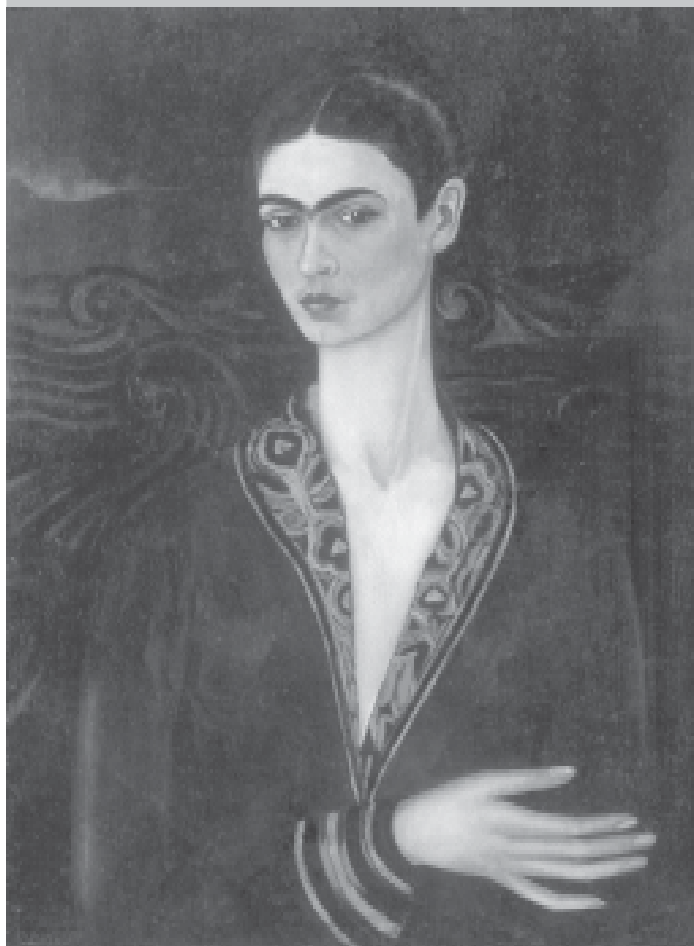
¡Ahora andamos por los cuarenta y pocos! Las peores profecías se han cumplido.

Hace diez años, cuando todo esto comenzó, no nos hubiéramos imaginado un 11 de septiembre más aparatoso, la peor excusa para arrasar el planeta. Y hasta Nicaragua pactó con el Diablo un TLC. Y lo nuestro derivó en una amistad políticamente correcta.

Las noches josefinas son cada vez más intransitables, los alrededores de nuestra universidad fueron sembrados de cámaras de vigilancia que no duermen, y las marchas y protestas callejeras adquirieron el estatus de contravención.

-¿Qué hacer?  
-¿Me lo preguntás en serio?  
-¡No!  
-¿Y los que tienen diecisiete?  
-¿Y los que tienen veintipico?  
-¿Ellos traerán todo lo demás?  
-¿Ellos tendrán nuevas respuestas para dar?  
-¿Dónde he oído eso antes?  
-No sigamos. Ya están cerrando el café.  
-¿Vas para tu casa?  
-¡Sí!, ¿y vos?  
-¡También!  
-¿Te llevo?  
-No gracias, por ahí paro un taxi.  
-¿Nos hablamos?  
-¡Claro que sí!

San José, 2 de enero de 2007 



FRIDA KAHLO: *Autorretrato con traje de terciopelo*, 1926

---

EDUARDO DALTER

---

## Destinos

(Casi una poética)

*Tu destino te sorprenderá  
cada momento.*

WILLIAM BLAKE

A José Antonio Cedrón y  
a José Emilio Tallarico,  
poetas y hermanos.

*D*esde qué orilla abrir; cerrar  
los ojos;  
desde cuál punto de qué orilla.  
Cada orilla,  
cada punto de orilla adelanta,  
en su cielo  
y horizonte, una respuesta  
diferente  
que supone cada palabra que  
se imagine  
o que se diga. Todo camino  
comienza  
a abrirse según donde decida  
afirmar  
uno los pies y hacia dónde  
apunte  
uno su historia y su mirada.  
Uno eligió

*—o eligió por uno el fuerte  
Viento—  
cada segundo, cada  
rumbo,  
cada sendero ahondado o  
vasto  
y nada puede salvarse en  
un cruce  
ni en un momento solo que  
se abra.  
La suerte, o mala suerte,  
siempre  
estuvo despierta y estuvo  
echada  
como una apacible leona  
al pie del árbol.*

Buenos Aires, 7 de septiembre de 2006 

## Neón\*

*Ella cose el himen de la novia de los presos*

Él era Viajante. Ella Costurera, pero podría haber sido al revés: que ella viajara mientras él cosía.

(Dejémoslo así.)

Ella cose, él viaja, sale por la mañana con un muestrario en la valija y vuelve por la noche con los pedidos y alguna peripecia. Ella escucha entrecortado, no porque le falte interés; el silencio en que ha permanecido durante el día y el trajín de la tijera siguen su curso. ¿Lo sabrá él? Es probable, hay desvíos, variaciones en su decir.

Cuando lo mira, él descuenta, agrupa, simplifica; si la ve de espaldas, inclinada sobre algún objeto o con los ojos vueltos hacia la ventana, necesita dar explicaciones, rodeos, incluso mentir. A veces, copiar es su única alternativa. Tiene tres o cuatro recursos. Apropiarse de las anécdotas de sus amigos le desagrada. No es que esto haya sucedido, ni siquiera intentó cambiar de nombre alguna hazaña, volverla familiar. Siempre pensó que un imitador envejece prematuramente.

Él pretende otra cosa. Como quien lleva un diario y anota con mayor fervor lo que hubiese deseado que ocurriera, su intención es convertir la rutina en algo memorable. De esa manera empezó a leer todo lo que estaba a su alcance, no sólo a leer sino a forzar la trama e introducir combinaciones. Su ignorancia no lo intimida; por el contrario, evita modelos del mismo modo que en su temprana juventud apartó de sí los Mandamientos. Este proceder colorea su lenguaje. Listones agudos, fondo cremoso, ráfagas. ¿Nuevos plasmas o el retorno al folletín?

Cuando Dios quiere, mata al brujo, dice dando coraje a su alquimia, poniendo en boca de la gente historias incompletas. La brevedad de sus contactos le impide seguir, argumenta. Su boca es un tubo de ensayos. Maestro experimental. Primero retorcer, después estirar, descubrir el tono que a ella la deje estupefacta. No es sencillo conquistar el corazón de una mujer que ha sido testigo de innumerables delitos.

Ella tiene la visión de un clásico, los hechizos del aislamiento, busca relieves entre tocar el agua y desatar granizo. Sus dedos palpan la beatitud del cuerpo: azúcar negra al desgarrón. En el rigor de la quietud,

\* Fragmento perteneciente a la novela *Neón*, traducido al inglés y de próxima publicación en la *Review 75 Argentine Writing and Arts*, en noviembre de 2007, *Literature and Arts of the Americas*.

fermentan vibraciones, respuestas. Si te llama, huye, repite instintivamente. El tímpano frágil, atento a la resonancia. Una cortesana con oreja de lince. Superstición y libertinaje. Estado de alerta. Su memoria guarda cada frase y junto a la frase: islotes, húmedas huellas de expresión. Ya habrá tiempo de escoger o rechazar. Lo que entra y lo que sale está en su haber.

Fue Celadora en la cárcel del distrito, se conocieron ahí. Tiene un rostro que produce evocaciones en alguien dispuesto a olvidar. Coser es una ocurrencia posterior. Arte de fuga. Las golondrinas vuelven a ser golondrinas aunque llegue el invierno. Pasteles de azafrán en la tierra y en el cielo.

Ella prefiere no mirar al Viajante mientras habla, así se asegura la deriva. Una lenta sorpresa flota por las noches en la habitación, el pez de plata ondula insensible a los alfileres esparcidos sobre la mesa.

Él va tomando coraje a medida que habla, se ejercita con súbitas inmersiones, traza curvas, arremete, explora. Sus palabras suelen desencadenar nirvanas. Da dos o tres pasos hacia ella como si quisiera y no quisiera acercarse. No necesita tocarla, su cuerpo a escasos centímetros tiene la misma elocuencia que su voz. Cejijunto y anhelante, ha logrado escapar a la deuda sanguínea y reconstruir la salud salvaje de Claudel. Olor a vaca y carne humana.

Si bien la Costurera permanece gran parte del día en la casa, no significa que esté encerrada. Por la tarde visita a su Tutor: el Alcaide de la prisión. Sólo tiene que cruzar la calle para verlo. Las salidas no son clandestinas, tienen carácter obligatorio, alimentan la frontera de un poder lujurioso, sin duda llevan al Viajante a oír una y otra vez el grito del animal engañado.

La ventana a través de la cual ella mira es opaca. El centro del equilibrio del contraste se multiplica. Los cristales son esmerilados y las persianas suelen estar bajas. Reino paralelo y sombrío. No hay cortinas que velen la imaginación de los colonos, los ventanucos de las celdas enfrentan la casa.

El Alcaide también cruza la calle para verla. Lo hace cuando ella se entretiene con la radio y descuida sus deberes, nunca en presencia del Viajante. Tiene llave pero golpea con el bastón. Siempre han disentido a propósito de cerraduras. Al entrar le recrimina haber dejado la puerta abierta. Es una escena que se repite porque ella desobedece; ha dejado de ser la Niña que amonestaba a su antojo. Cuando lo ve enarbolar el bastón, se lo quita y amenaza golpearlo. Una caricatura. Es frecuente que rían cuando están solos. Un poco de materia puesta a arder.

El Tutor se va en gestos así como el Viajante en palabras.

Ella no parece una mujer sino dos.

Esa es la clave para entender algo: adquirido un montículo ruedan los soportes arenosos. Ninguno de los tres habla del indulto.

(Todo empezó antes).

La Niña tenía manos suaves que no sabían escribir pero llenaba cuadernos con palotes. Cómo se encariñó es un interrogante que aún hoy el Tutor se formula.

La primera vez que entró a su despacho, metió la mano en un bolsillo buscando monedas. Los dedos demasiado pequeños para sacar el reloj, tironeó. Estaban solos. No recuerda haberla golpeado, tampoco recuerda el llanto de la Niña. Cree que nunca la vio llorar. Quizás el día del reloj la golpeó hasta darse cuenta de que no lloraría.

La memoria de ella es más precisa. Le habían extirpado las carnes rojas en el Dispensario de la cárcel. Sin prolegómenos. Abrí la boca y se la abrieron. Lloró porque le iban a cortar la lengua. Volvió a crecer, pensaba metiéndose los dedos.

Ahogo, sangre, silencio. La llevaron al despacho del Tutor creyendo en su mudez. Una diablura, dijo él y la sentó sobre su falda. Después le regaló un cuaderno: Se hace así y le apretó la mano contra el lápiz.

La Niña no iba a llorar aunque la golpeará. La golpeó al verla rayar el escritorio. Volvió a hacerlo suponiendo que estaba sorda. ¿Qué esperaba? Ella hubiera debido preguntar pero sus dientes seguían apretados.

Mientras la Niña de pelo corto jugaba en el patio de la cárcel apedreando mariposas, el Tutor anticipaba su vejez. La paternidad es una operación correctiva. Todos los músculos en vilo. Disciplina. Rigor. Aislamiento. Suplicio.

Le pellizcaba los pezones hasta volverlos parduscos. Mordisqueados hasta el mareo. Las heridas cada vez más grandes despedían un olor cada vez más dulce. Entonces, una lamparita de vidrio azul y otros regalos iban en su auxilio.

Todo era normal para la Niña. Ni antipatía ni malicia. Acariciando el voluminoso vientre, se acostumbra a decir: ¿Dónde estará, dónde estará la lombriz?

Una docilidad arbitraria, puntiaguda, similar a la conducta del Tutor. Después de la agitación y los mordiscos, ¿qué hacer? (Llaman olvido al nombre que cae). Ella también aprendió a decir: Maldita felicidad, nos devora la vida.

Sábado por medio la bañaba. El agua aún caliente, la espuma, los dedos surcados como nueces, las mejillas muy rojas, el ombligo. Pura seda la piel. Al restregar, se desprenden las costras.

En un instante, el cuerpo de la Niña agitado por la ebriedad del odio. Si es intenso, el ardor levanta vuelo.

Ella creció rápido como pudo, a favor y en contra de la precocidad sin credo ni pátina sanguínea. Por el resorte de la intuición algo pensaba sin saber pensar. Sentir era muy fácil, desde el inicio más y más hasta llegar al tope.

Un trabajo menor: impedir, esconder, disfrazar. Astillas de hueso nadan en sus venas.

*Tempus destruendi.* Una tranquilidad pertenecer a alguien, estar vedada. Nadie podía golpearla. En los talleres de la cárcel, la evadían. Regaló lo regalado para comprar confianza. La señal de la cruz cuando el Tutor aparecía.

(Volvamos a empezar.)

Cuatro años después de haber asumido la tutoría de la hija de su amante asesinada, el Alcaide sentó a la Niña sobre sus rodillas para sacarla del mutismo en que había entrado a consecuencia de una extirpación de amígdalas. El Dispensario funcionaba de primeros y últimos auxilios, el Tutor podía dar fe porque había sido testigo cuatro años atrás de la extracción forzosa de una criatura raquílica, a ojos vista idéntica a la madre agonizante. Por esa razón, uno y otro hombre se comportaron de manera absolutamente opuesta; mientras para el esposo asesino la Niña pasó a ser la sombra de una muerta en vida, el Alcaide la recibió con la dicha que se recibe un milagro.

Debe haber sido una intuición no una certeza, la certeza la tuvo cuando se la llevaron al despacho; hasta entonces no sabía quién la cuidaba pero, más que cuidarla, quienquiera haya sido el encargado había puesto bastante esmero en descuidarla. Inapetente y muda, sucia, mal vestida y lastimada, el puño pegado a la boca, los ojos secos, hundidos.

El Tutor la subió sobre sus piernas sin saber qué darle para que olvidara y se olvidó él, no la Niña. Olvidó que era una criatura y empezó a hacerle lo que le hacía a la madre. Más aún, llegó a pensar que su cerebro omitía señales, desfiguraba los estímulos. Eso sucede con la sordera repentina, se dijo, y la golpeó fuerte y despacito; era lo que siempre hacía aunque aquella vez no estuvo en juego su instinto desgarrado. Le ocurrió algo más elemental, un desafío, no podía creer que la Niña no llorara y no lloró nunca más, desde que por llorar le extirparon las carnes rojas, así las llamaban en el Dispensario y las tiraban al gallinero, desde que la amenazaron con cortarle la lengua. Lo de la lengua no era imaginación

del Tutor; la Niña hablaba en sueños, se apretujaba contra su cuerpo como un monito que huye de la tormenta y trepa al tronco del árbol más alto; cubierta por un sudor helado repetía tres palabras, siempre las mismas: La lengua no, la lengua no.

Ella siguió teniendo pesadillas hasta mucho después que el Tutor la trasladara a una de las casas del complejo penitenciario por la comodidad de la distancia. Sólo tenía que cruzar una calle, aunque no debe haber sido por comodidad, terminó mudándose con la Niña para espiar cada movimiento, no fuera que alguien se la quitara o ella escapase con el encargado de la caballeriza con quien pasaba horas entre el olor a orín y los fardos de heno.

Siguió con pesadillas, eso no pudo cambiar, ni suprimir como suprimió los gritos y lloriqueos; todo lo que dependiera de su voluntad ella lo hacía. Dejó de subir al banquito al verse sorprendida mirando sus morisquetas en el espejo, fue ver al Tutor y cambiar de actividad en un minuto; a partir de ese día, en lugar de la lengua y los dedos toqueteando, como si el Tutor escondiera entre las piernas un animalito, le abría la bragueta y preguntaba: Dónde estará, dónde estará la lombriz.

Una línea negra limita el relato, tres canales lo surcan.

Existe la tentación, el coágulo sedoso, imantado y pétreo, existe aunque no sirva para nada. Contornos finos o demasiado gruesos, drapería mojada, nube escarlata. En esa línea (ni experiencia ni brillo) cualquier proceder es un azar, vaivén, desatino, *subrisio onis*.

Los ojos del Viajante caen sobre un folleto. El tren avanza y él se distrae leyendo el anuncio de una obra de teatro. Nunca fue espectador pero bien podría empezar a servirse de algunos trucos, piensa. En el papel, hay dos figuras y una advertencia: *Basta de explicaciones, el diálogo es un ruido más entre otros, los actores cuentan una historia visual*.

Esa idea va a implementar ante la Costurera cuando llegue a la casa. Su éxito depende del programa de radio, si ella escucha es insensible a todo lo demás, argumenta: Los músicos tocan para mí.

Lo recibe el silencio. Tres o cuatro pinceladas y encuentra el personaje. Describe las gárgaras con vino tinto que el mozo de un restaurante hacía en el mostrador. Demora en el líquido embutido, arrojado, embutido y las protestas de los clientes que todavía suenan en mi cabeza, dice: Un batifondo similar al motín de agosto.

(Alude a la noche en que un grupo de presos atrincherados en la cocina daba puñetazos, golpeaba metal contra metal, los cuencos contra las rejillas.)

El Viajante oscila entre meterse en el motín o continuar contando cómo el dueño del restaurante empujó al mozo hasta la salida. Sus gritos en el tumulto ni se escuchaban, únicamente se veían los brazos en alto, el cuello tenso y una mueca en el hombre que daba un portazo y decía en voz muy alta: Este público necesita *show*. Este público necesita un *show* y lo tendrá. Si un loco cualquiera produce tanto revuelo, todo lo que puedo decir es: Vuelvan, vuelvan a hacerse gárgaras en el mostrador.

La Costurera sorprendida por el giro del relato mira espontáneamente al Viajante.

Él habla de corrido sin huellas de intimidación. Cuenta que a su alrededor no había quedado nadie. Eso lo hizo dudar; el dueño de repente apartó las mesas y lo dejó en el centro del local formando parte del espectáculo.

Advertida de la brevedad de las escenas, temiendo que el Viajante deje el relato inconcluso, la mujer contiene el aliento. Inmóvil como cuando lo oía gemir en la celda hasta que entre gemidos la nombraba. Entonces, ella y la sombra de su cuerpo en un ángulo del techo de la pared vecina se movían como si la penetrara. Le dan ganas de moverse con el frenesí de aquel tiempo, siente la misma excitación pero se refrena. Necesita saber dónde queda el restaurante, ir con el Tutor. Él siempre está dispuesto a lucirse, a que los vean juntos. Se le suele escapar el reproche: Ya no te sirvo para nada.

Está segura de que iría si desconociera el motivo; es decir, debería llevarlo engañado. No es su intención controlar los pasos del Viajante, quiere sacarlo del papel de prisionero, hacer gala de su locuacidad porque frente al *Tutor* el Viajante calla como si temiera perder las carnes.

Quizás todos sean dos y no uno, o más de dos.

Los personajes comienzan a expandirse, a vivir en doble vida, a esperar encapuchados la aparición de algo desconocido.


Más allá de cualquier pretensión, la historia no tiene principio ni fin.

Ni cómo se llama ni quién es, a lo sumo qué dijo o qué hizo.

Una ilusión: seguir la secuencia, el *vibratum* de la voz.

El oro vuelve a las profundidades, allí se pudre. 

EXPOSICION DE FRIDA KAHLO  
LUNES 13 DE ABRIL



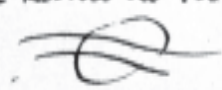
A Sr. Sro. Montiel  
Con amistad y cariño  
nacidos del corazón  
tengo el gusto de invitarte  
a mi humilde exposición.  
Frida Kahlo  
A las ocho de la noche  
-pues relax tienes al cabo-  
te espero en la Galería  
d'Esta Lola Alvarez Bravo.  
Diego Rivera

Se encuentra en Amberes 12  
y con puertas a la calle,  
de suerte que no te pierdes  
porque se acaba el detalle.

Sólo quiero que me digas  
tu opinión buena y sincera.  
Eres leído y escrito;  
tu saber es de primera.

Estos cuadros de pintura  
junté con mis propias manos  
y esperan en las paredes  
que gusten a mis hermanos.

Bueno, mi Cuate querido:  
con amistad verdadera  
te lo agradece en el alma  
Frida Kahlo de Rivera.



Coyoacán - 1953

## Ahora tengo la cabeza

*C*abeza trocada se destroca: ahora  
tengo la cabeza mía o casi mía. ¿Cantan?  
¿Cuentan? La miro al espejo, la llevo a visitar  
ventanas, peino sus canas, le aliso bigotes y  
pestañas. Camina delante reconociendo  
boquiabierta antiguas comarcas domésticas,  
huele  
a rincón, olfatea gentilezas o sombreros  
anteriores, los observa por el reverso. Ausencias  
entrañables regresan a sus protagonistas.

*¿Y allí cuentan o cantan? –pregunta–.*  
*Observa la vieja corbata. Sonríe: trae recuerdos*  
*de cumpleaños y bodas. Lágrima brilla al borde*  
*del cristal y acerca otras*  
*aguas: –Este es mi vaso, carajo. Adentro*  
*Beethoven, Quevedo: el perfume*  
*equívoco de los regresos es el mismo olor*  
*de las antiguas frutas. ¿Cuánto anduve*  
*ausente?*

*Al bastón sin dedos le arrimo la mano. Con*  
*la mirada había olvidado puertas y pestillos,*  
*a Picasso y Miguel Ángel. Había borrado a*  
*Chagall.*  
*Aquí el sillón de antaño e incluso el espaldar*

*del resto de las sillas.*  
*Ah, la leche desborda en la hornilla:*  
*¡qué paisaje, madre! Nariz olvidaba pañuelos,*  
*delitos, cadáveres, tufo en tus axilas.*  
*Las cosas de comer devuelven*

*una remembranza de consumos. La perra  
de nuevo duerme delante de mi puerta:  
en esa agonía renovada consiste su felicidad.  
Viejas utopías se prorrogan dentro de las  
gavetas.  
Con verbo había borrado estornudar y  
barahúndas  
de desayuno. A Mozart, oh, con sus conciertos:  
eso despertó nostalgia durante la cabeza  
trocada.  
Por Liza volví a casa. Por Wagner (lo descifré  
mejor con la cabeza trocada). Recuerdo  
ahora, sin embargo, cómo era oír con orejas  
amortiguadas.*

*Y por Ofelia, por Ofelia. La amada vuelve  
a ser mi amada: antiquísimos labios regresan  
de sus bóvedas. No se borra la fragancia  
de un beso, como no desaparece el filo de una  
espada  
colgada en el Museo. Y por  
Las cuatro estaciones vuelvo. A tararear vuelvo  
con fagot y silbatos. A bailar contorsiones  
cuando trovan guitarras. Con cerumen ajeno  
no se entienden*

*añejas tradiciones ¿Cuentan monedas  
o canta el cantautor? Es un alala alala etéreo y  
sinérgico que evoco con ninguno de mis  
tímpanos. Algunos objetos y sujetos, aunque  
pocos,  
todavía permanecen repletos de desmemorias.  
Con Bach y Verdi o Lecuona otra vez  
en sintonía, ¿quién no iba  
a exclamar –Esta cabeza es mi propiedad.  
Extrañé sinsontes en el árbol y el árbol.  
Extrañé la butaca tapizada, extrañé el gato.  
Ahora  
me siento a acariciarlos con la cabeza casi mía.*

## Al amanecer

*S*e comenzó al amanecer,  
con los primeros gallos. El astro giraba  
en la noche diminuta. No se llegaba a Uno,  
que contorsionaba en el umbral. Hasta que Uno  
fue Uno al fin. El individuo, grano triunfal  
de la especie, el que despierta por su cuenta  
aunque duerma en muchedumbre. La mansión  
subterránea subió al árbol. Todo es siempre a  
partir de Uno. Pero Uno

*aspira a Dos, número mágico, antípoda y  
unidad: ya se suma, resta, se divide  
y multiplica sobre todo. Uno y Uno es igual  
a Dos y casi siempre a Tres. A Tres, dice  
la canción y en cada lecho viviente  
se repiten melodías. La lluvia caía fuera  
del tiempo: ni en marzo ni en enero próximo.*

*Tres huele a ternura, es mínimo  
e indefenso y en sus labios están Uno y Dos  
como mezclados. La residencia  
en la tierra la gestiona el sol: ahora  
ya la luz no se niega a las estaciones.*

*Cuatro resulta una cantidad inverosímil, difícil  
de retener, innecesaria. El recién llegado  
asomó por entre el follaje y se acercó al fuego.  
Fue preciso  
dividir para otro: una porción igual para quien  
trajo manos llenas y es diestro con el arco.  
Arenas relucientes acompañaban el manjar. En  
la hoguera crepita el oído musical.*

*Con Cinco sobrevinieron disputas y aguaceros.  
Amanecían novedosas*

*las antiquísimas mañanas. Y sucedió  
lo imprevisto: no siempre alguien encontró  
a alguien a la hora de otearse y se intuyó  
el concepto Nadie. Fue asimetría  
comprobada, ironía en ciernes, razón inicial  
para aspirar a un mundo más justo y perfecto.*

*Seis fue un breve estadio armonioso. Un hilo  
de cocina colgaba en la penumbra. En las  
charlas y trasiegos echó raíz la necesidad del  
clan y el líder. Juntos debían remontar  
oscuridades y erizadas cordilleras. Mínima edad  
de oro inmemorial, porque  
se aprendió a unir las manos, a levantarlas  
al cielo y a hundirlas en la tierra. De tal cadencia*

*nació Siete. Flamante forastero se presentó  
una noche estival, en medio de dolores íntimos  
del clan y bramidos furiosos  
de allá afuera: desde el inicio reclamó  
su trozo de penumbra y otro de fuego.  
El camino de pronto torció hacia la aldea. La  
humanidad creciendo complicaba*

*los senderos. Ocho llegó a solucionar conflictos  
y crear hacinamientos. El ganado se agita  
en el establo. Encima flota una pestaña,  
en la pestaña el sistema solar, alrededor del Sol  
un planeta, en el planeta nosotros y en nosotros  
Ocho: Ocho es todo y algo más y en su  
conciencia flota  
el universo. El valle, con su brisa dorada y  
vespertina, ayudó a reponer fuerzas y fatigas.*

*Nadie pudo solazarse admirando a Ocho  
ni tratando de entenderlo, pues casi enseguida  
sobrevino la novedad,  
Nueve. Y la humanidad osciló  
una vez más en el rudo equilibrio de los nones.*

## Astro se desprende

***E**l astro se desprende y viene.  
Cae al abismo.  
Entretanto cae, semeja un pájaro  
de cien millones de toneladas  
de plumas: suavidad intocable.  
Para que el astro caiga hacen falta cielo,  
noche y despeñaderos.  
Al caer, se circunscribe  
a su tamaño, aunque de cualquier  
manera se ofrece agigantado,  
desmedido a esa hora, sombra  
que rivaliza con la luz. Nadie es presa  
del pánico, nadie prosa ni silencio,  
nadie expresa, ni nadie, como en ficción,  
se arranca las memorias. Antes alguien  
soñaba con varias interminables coles  
y otro alguien con un ahumado pernil  
de mi tamaño. Para aguardar final, la  
muchedumbre mira, no se espanta, aguarda,  
no se aterrada ni atora, sólo vira la cabeza  
en las almohadas. Cae el astro, algodón  
de azúcar, nieve compacta de profusos  
inviernos. Al abismo soñador. A la ansiosa  
madrugada y sus faroles.  
Estrepitosos, astillas  
insonoras. Como si el planeta  
contrajera nupcias en el firmamento.  
Como si lo increado se creara en nosotros.  
Como si lluvias  
infantiles se derrumbaran sobre  
cabezas de repente curadas de alopecia.  
Como si cada cual fuera presente y lo ulterior*

*de su propia persona. Individuo despierta como torbellino de ojos y ayuna sin opacidad.*

*Desayuno*

*formidable pero inmensamente ligero  
cae al espíritu. Himno suena y se pone  
de pie, intensamente. Soledad no es obligatoria,  
odio es sólo contraveneno momentáneo  
contra las iniquidades. La sangre*

*recuerda su color. Dedos tamizan arena  
y logran calcular edad y longitud del tiempo.  
Y separar caos primordial del caos perverso.  
Las criaturas gastan lisonjas en admirar y cantar  
a las criaturas. Los náufragos de espalda  
regresan a nosotros. Ola de trigo llena  
las despensas. Hilo de quimeras ensarta  
generalidad de las orejas. Un viaje  
de estrellas a la profundidad del pecho.  
Mejor o peor que el amor, pero no es más  
que el mismo amor.*

*Al amanecer, la presencia fosca se adormece.  
Menos: apenas fosforescencia residual  
entre dispersas toneladas de oscuridad. Aun así  
inspira a poetas rurales y también a otros  
ciudadinos  
que se desperezan en las azoteas. ©*



FRIDA KAHLO: *Autorretrato (tehuana con medallón)*, 1948